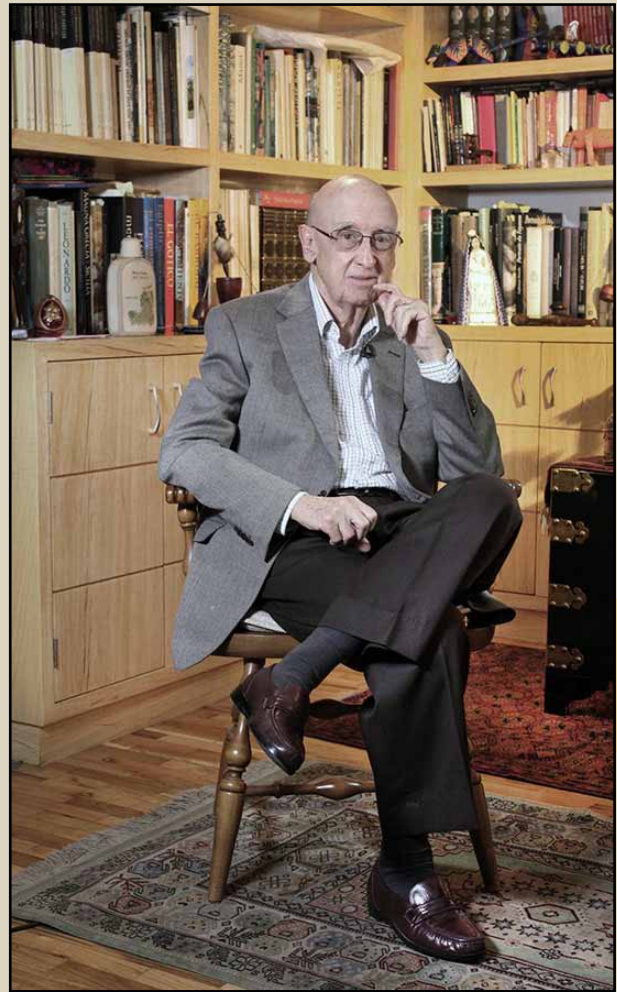


DR. JOSÉ PASCUAL PUXÓ.
MIS PRIMEROS RECUERDOS
10 de octubre de 2016
Ciudad de México

Alejandro González Acosta



DR. JOSÉ PASCUAL PUXÓ. MIS PRIMEROS RECUERDOS

José Pascual Buxó (JPB)
Alejandro González Acosta (AGA)

AGA: ¿Podría usted compartir algunos recuerdos que conserve de su infancia en España y sus primeros años en México? ¿Cómo afectó especialmente el exilio a su familia? ¿Cuál término prefiere de estos para describir esa experiencia histórica: exilio, destierro o transtierro?

JPB: Los recuerdos de mi infancia son pocos e intensos: la dolorosa ausencia de mi padre, combatiente en el frente republicano; los sobresaltos cotidianos de mi abuela y mi madre en aquel pueblo bombardeado con furor sistemático por un buque franquista, y el inacabable viacrucis por las ametralladas carreteras catalanas para encontrar un refugio en Francia, cuando ya todo parecía perdido. Cinco meses en un pueblecito francés, donde un grupo de mujeres y niños hallamos la protección de su alcalde socialista, de quien —después de tres meses de incertidumbre— recibimos noticia de que mi padre ni había muerto en combate ni era prisionero de Franco, sino que nos esperaba para embarcarnos juntos hacia México como exiliados políticos. Mis recuerdos de la llegada al puerto de Veracruz, en julio de 1939, son también imborrables: rodeó nuestro barco (que *Méxiq* se llamaba) un grupo de chalupas con mariachis y

cilindreros que nos recibieron al son de los corridos revolucionarios. Veracruz nos devolvió a la paz, nos dio las primeras muestras tangibles de la proverbial hospitalidad mexicana y pudimos prever también que —en muy poco tiempo— ya no tendríamos la condición de desterrados, sino de “transterrados” o, por mejor decir, de entrañados en una nueva vida de trabajo y esperanza. Más aún, a quienes éramos niños nos dio la certeza —que nos habría sido negada en España— de forjar en libertad nuestro propio destino.

AGA: ¿Gustaría evocar algunos de los españoles emigrados de su generación en México con los que sostuvo trato y con los que se educó? En su criterio personal, ¿qué significó para México ese grupo de emigrados españoles?

JPB: En los colegios fundados por la emigración republicana a los que asistimos casi todos los de mi generación, nos inculcaron los valores de la genuina cultura española transmitidos por sus grandes obras literarias; en la escuela primaria se nos leía y comentaba *El Quijote*, que era el símbolo de la hidalguía generosa: al caballero andante no lo arredraban sus reiterados fracasos

ante los mandrines y mal nacidos, sacaba de ellos nuevos bríos para continuar en esa lucha sin fin por alcanzar el amor y la justicia. Pero no sólo la España más noble estaba en nuestros pensamientos, también la Revolución mexicana y sus ideales de equidad y justicia que eran por entonces el paradigma de una nueva sociedad igualitaria, como aquella que habían intentado establecer en su propia patria los republicanos españoles. No olvido la lección de dignidad personal que recibimos de nuestros maestros de educación media (Juana de Ontañón, Rubén Landa, Joaquín Álvarez Pastor, Estrella Cortichs, Marcelo Santaló, Agustín Millares Carlo..., entre muchos otros), gracias a cuyo ejemplar magisterio pudimos seguir con éxito nuestros estudios superiores, y los que elegimos cursar la carrera de Letras en la Universidad Nacional Autónoma de México gozamos también de la simpatía y confianza de maestros insignes como Antonio Castro Leal, Julio Jiménez Rueda, Francisco Monterde, José Rojas Garcidueñas, José Luis Martínez, María del Carmen Millán...

Pregunta usted por mis compañeros de generación y yo debo precisarle que —dentro de ella— podrían distinguirse dos grupos: uno, de los relativamente mayores, que llegaron a México en edad adolescente y, otro, de los más chicos, que fue aquí en México donde abrimos los ojos al mundo de la lectura y el pensamiento. Entre los primeros estaban Carlos Blanco, Ramón Xirau, Manuel Durán, Jomi García Ascot, Tomás Segovia, Roberto Ruiz...; entre los segundos —donde yo me hallo— Luis Rius, Enrique de Rivas, César Rodríguez Chicharro, Arturo Souto, Francisca Perujo, José de la Colina...

Todos sin excepción estudiamos al lado de compañeros mexicanos con quienes no solo compartimos las aulas, sino también afanes y proyectos literarios; entre ellos: Jaime Sabines, Rosario Castellanos, Héctor Azar, Dolores Castro, Armida de la Vara... Sin duda habrá usted advertido que cada vez que en una reseña o ficha biobibliográfica se citan nuestros nombres, nunca deja de anotarse nuestro “origen español”. Es como si se sintiera la necesidad de alojarnos en un territorio particular y privado, como si lo poco o lo mucho que hayamos escrito sólo por accidente geográfico perteneciera a la literatura mexicana. Interrogado alguna vez Octavio Paz sobre nuestra identidad, dijo que para él éramos mexicanos o, más bien, “hispanomexicanos”, quizá porque advertía una misma entonación reconocible en nuestras voces literarias. Y, así, se ha ido quedando nuestra producción poética en la “tierra de en medio” —en Nepantla, como decía Francisco de la Maza—, aunque de los mexicanos quizá no nos distinguiera otra cosa que nuestras primeras elegías por la patria que perdieron nuestros padres. Al pasar de los años, se nos sigue agrupando en antologías especiales que nos dejan instalados en una especie de exilio permanente, tanto de España como de México; la última de ellas, preparada por Bernard Sicot, lleva precisamente por título *Ecos del exilio. 13 poetas hispanomexicanos* (2003).

AGA: ¿Cómo recuerda usted que se inició su interés por los temas de la literatura y el arte, y muy especialmente, de la cultura novohispana? ¿Cómo considera usted que sería más preciso o correcto para expresar: arte colonial, arte virreinal, arte español en América o arte novohispano?

JPB: Mi incipiente interés profesional estaba dirigido a la literatura española de los Siglos de Oro (dicté algún curso sobre la novela picaresca) y a la Generación del 98, de cuyos poetas preparé una antología por encargo de mi maestro Castro Leal, que no tuvo más vida que la de una edición mimeográfica para uso de los estudiantes de la Escuela de Verano. En 1954, ya siendo profesor de la Universidad de Guanajuato, me atreví a ofrecer un curso de literatura prehispánica: había leído los memorables trabajos de Ángel María Garibay y de Miguel León-Portilla y me pareció que —pese a mi total ignorancia

de la lengua náhuatl— no podía faltar el estudio de esos asombrosos testimonios literarios del pasado americano en la nueva Escuela de Letras que se iniciaba bajo el tolerante impulso de mi maestro José Rojas Garcidueñas, quien —por su parte— ya había dedicado eruditos trabajos a la poesía y el teatro de la Nueva España. Poco más tarde, descubrí en las ediciones de la UNAM los tres tomos de *Poetas novohispanos. Siglos XVI al XVIII* —rescatados del olvido, reeditados y valorados— por el padre Alfonso Méndez Plancarte y publicados entre 1942 y 1945 en la Biblioteca del Estudiante Universitario. Y otro impulso también decisivo para dar cauce a mi afición por la literatura del México virreinal fue la lectura de las *Letras de la Nueva España* (1948) de don Alfonso Reyes, no menos que la bondadosa acogida que más tarde me dio como becario de El Colegio de México. En esas andaba, cuando don Manuel Alcalá me alentó a revisar por propia cuenta el caudal de impresos novohispanos que albergaba el fondo reservado de la Biblioteca Nacional, de la que entonces él era director, y de esas exploraciones salió mi primer trabajo novohispano: *Arco y certamen de la poesía mexicana colonial. Siglo XVII* (1959). En fin, aumentó mi interés por la poesía áurea la llegada a México de los *Estudios y ensayos gongorinos* (1955) de Dámaso Alonso, cuya lectura acabó de persuadirme de que sería un buen tema para mi tesis de maestría en la UNAM —superados ya los prejuicios de la crítica ancestral— el estudio de la avasalladora influencia de *Góngora en la poesía novohispana*, publicada en 1960.

No es fácil decidirse por el nombre que resulte más apropiado para referirnos a la totalidad de la producción artística y literaria en México durante los siglos de dominación española. El frecuente empleo de “literatura colonial” o “virreinal” puede suscitar la falsa impresión de que, tal como ocurrió en lo político y lo económico, también la poesía de ese período no fue más que una imitación o traslado servil de las modas y modelos vigentes en la metrópoli;

en cambio, a mi ver, literatura o arte “novohispano”, no solo se corresponde con una realidad histórica y cultural bien definida, sino que implica el reconocimiento de que la literatura escrita en español en estas tierras —sin dejar de pertenecer al gran tronco lingüístico común— posee una particular naturaleza psicológica y estética, que la distingue y caracteriza.

AGA: Inicialmente usted se formó en los principios de la Estilística promovida por Dámaso Alonso y el Newcriticism de Wallek y Warren como corrientes predominantes de su época estudiantil, así como en la tradición filológica erudita de Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal, pero después conoció las propuestas del estructuralismo, la sociocrítica y la semiótica. ¿Cómo

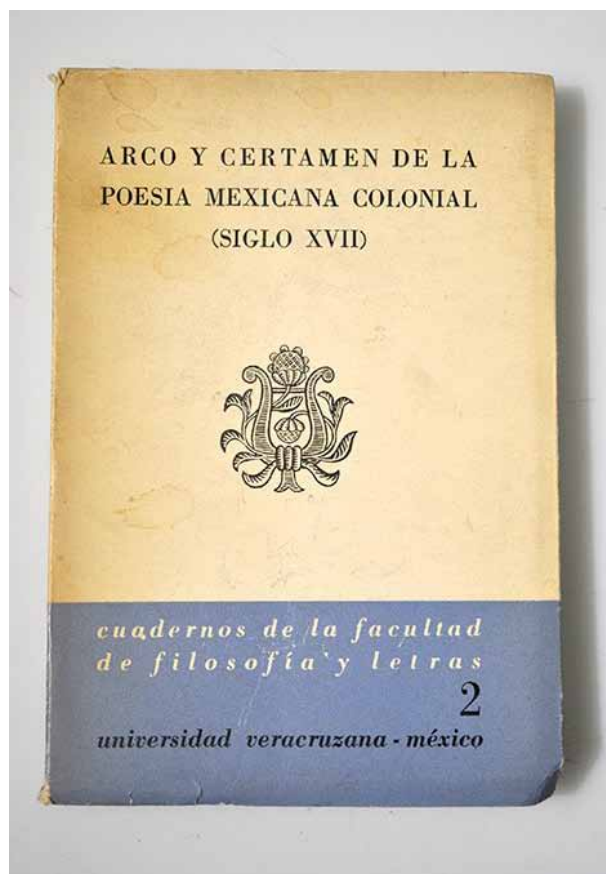


Fig. 1. Portada de *Arco y certamen de la poesía mexicana colonial (siglo XVII)*.

valora usted hoy estas corrientes críticas y cuál —o cuáles— conservan vigencia para usted?

JPB: Efectivamente, desde fines del siglo XIX, pesaba sobre los historiadores de la literatura mexicana y de la hispanoamericana en general la prestigiosa e inexorable herencia de los juicios críticos emitidos por don Marcelino Menéndez y Pelayo y, consecuentemente, el rechazo de toda la poesía culterana escrita por los secuaces de Góngora, tanto en España como en América. En los primeros decenios del XX, Alfonso Reyes se unió a la pléyade de poetas y profesores españoles que reivindicaban la poesía de Góngora, y tal reivindicación sería también llevada a cabo por Méndez Plancarte en lo que toca a los poetas novohispanos, si bien esa actitud inteligente y comprensiva frente a las asombrosas complejidades de la poesía barroca no se vería reflejada de inmediato en los manuales de historia literaria. Como usted bien señala, contribuyeron en gran medida a que los más jóvenes nos planteáramos otros caminos de crítica y análisis literario que el mero registro de tópicos y circunstancias, la difusión en México de libros como el de Dámaso Alonso *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos* (1952); Amado Alonso, *Materia y forma en poesía* (1955); *Teoría literaria* (1953) de René Wellek y Austin Warren y los ensayos de Leo Spitzer reunidos en el volumen *Lingüística e historia literaria* (1955), sin olvidar que ya desde 1944 don Alfonso Reyes había publicado *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria*, obra precursora en todo el ámbito hispánico, cuyo propósito esencial no era otro que el de poner de manifiesto “las leyes y modos de la creación” de ese “todo orgánico” que son las obras literarias. También a mediados de nuestro siglo XX, dos jóvenes profesores de El Colegio de México, Antonio Alatorre y Margit Frenk, tradujeron del alemán una obra que revolucionó los anquilosados métodos históricos y filológicos: *Literatura europea y Edad Media latina* (1955) de Ernst Robert Curtius. Gracias a todos ellos —y a algunos más que fácilmente

podrían añadirse— pudimos adentrarnos en el estudio de las obras literarias atendiendo a sus valores intrínsecos, esto es, concibiéndolas como creaciones lingüísticas singulares, como visiones sensibles e inteligibles de las cosas del hombre y del mundo y, claro está, como renovadas continuidades de una fecundante tradición clásica, y ya no —como era la costumbre escolar en que nos iniciamos— como dudosos testimonio de los acontecimientos históricos y sociales que en ellas pudieran verse “reflejados”.

Por azares del destino que ahora sería superfluo recordar, en 1967 tuve la fortuna de ser invitado por el Profesor Oreste Macrí —uno de los principales hispanistas italianos del pasado siglo— como investigador visitante del Istituto Ispanico de la Universidad de Florencia. En las librerías de esa ciudad pude encontrar —casi siempre traducidas al italiano— todas las novedades en materia de teoría lingüística y crítica literaria, que aún tardarían algunos años en ser difundidas en español. No me alargaré en este punto, ya que mi propósito es únicamente señalar que la lectura de los formalistas rusos, los estructuralistas checos y franceses y la irrupción de la semiótica como disciplina que toma a su cargo el estudio de todo tipo de manifestaciones simbólicas, me afirmaron en mi convicción de que si los estudios literarios aspiraban a proporcionar un conocimiento objetivo y sistemático, no podíamos seguir procediendo de la habitual manera casuística y embrollona, sino que era imprescindible partir de una teoría que distinguiese —entre los diversos usos de la lengua— una “función poética”, que es esencial en la producción de esa clase de textos y establece sus modos particulares de significación, esto es, una teoría semiológica de la lengua literaria. Mis deudas a este respecto son innumerables y, sin embargo, solo mencionaré algunos autores de los que me reconozco absoluto deudor: Louis Hjelmslev y Émile Benveniste respecto de los problemas de teoría del lenguaje y lingüística general, A.G. Greimas en cuestiones de semán-

tica estructural y Roman Jakobson en todo lo atinente al arte verbal y el análisis de los textos poéticos. En 1984, el Fondo de Cultura Económica me publicó un volumen (*Las figuraciones del sentido. Ensayos de poética semiológica*) en que reuní diversos ensayos programáticos y algunas aplicaciones concretas de mis propuestas teóricas.

Dicho esto, me gustaría salir al paso de uno de los prejuicios más extendidos respecto de la necesidad de hacer de los estudios literarios, ya no digamos una imposible ciencia exacta, sino al menos un modo coherente y sistemático de abordar tanto sus aspectos históricos e ideológicos como de construcción formal, prejuicio

que consiste en afirmar que quienes practicamos tales métodos dejamos siempre de lado los aspectos propiamente “humanos” de las obras literarias. No ocultaré —yo mismo lo he censurado— el proceder de algunos “estructuralistas” que reducen el análisis de un texto al registro abstracto de sus estrategias discursivas o al elenco de las figuras retóricas que aparezcan en él, pero sin inferir de tales recursos sus efectos semánticos particulares. Por el contrario, el análisis de las estructuras compositivas de un texto determinado, así como de los diversos paradigmas literarios e ideológicos que en él se entrecruzan, ha de estar precisamente al servicio de la mejor comprensión de sus contenidos más “humanos”, esto es, de su singularidad irrepetible. Y esa sería la vigencia que —a mi parecer— conservan estas “corrientes críticas”, en la medida en que nos ayuden a identificar aquellas “cualidades estéticas” que hacen de la lectura o recepción de una obra de arte una fuente inagotable de conocimiento, reflexión y deleite intelectual.

117

AGA: ¿Cuáles, en su opinión, por la importancia de los logros alcanzados y su propio crecimiento profesional, son los hitos más relevantes de su trayectoria académica?

JPB: No me siento capaz de señalar la “importancia” de ninguno de los “logros” alcanzados en mis trabajos, y no solo por prudente modestia, sino porque sinceramente ignoro cuál haya podido ser el influjo de mis publicaciones en el desarrollo de las disciplinas que cultivo; lo que sí puedo decir es que me siento honrado, complacido y no poco confuso por el hecho de que se haya incluido un portal a mi nombre en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes de Autores mexicanos. Y esto, sea dicho sin vanidad, me permite pensar que no han sido vanos mis esfuerzos.

AGA: ¿Qué significó para usted su estancia en Venezuela? ¿Le permitió una distancia

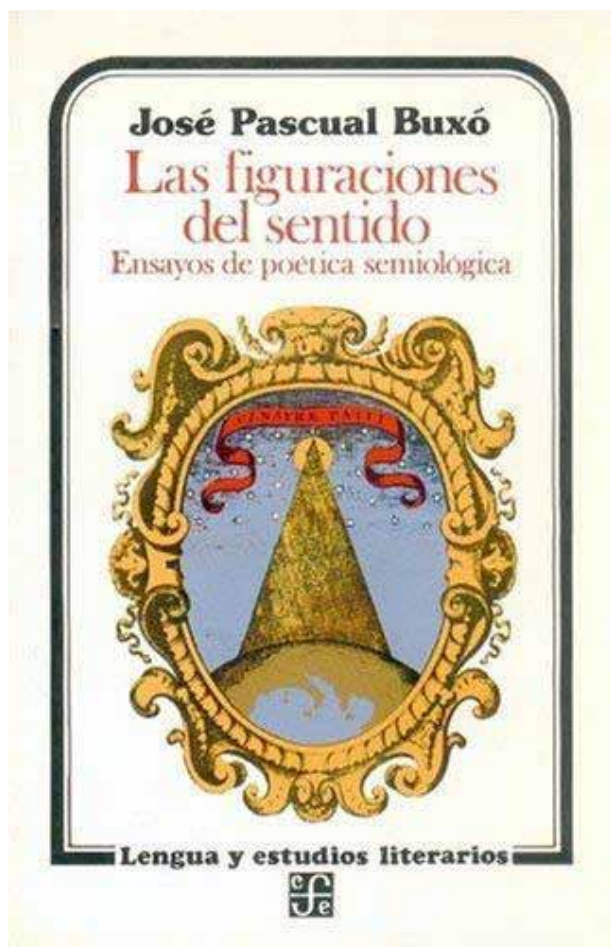


Fig. 2. Portada de *Las figuraciones del sentido. Ensayos de poética semiológica*.

crítica necesaria para su desarrollo profesional? ¿Qué recuerdos personales conserva de don Agustín Millares Carlo?

JPB: A fines de 1959, se presentó en México el vicerrector de la Universidad del Zulia con el propósito de invitar a dos jóvenes académicos mexicanos a que se trasladaran a Maracaibo para formular los planes de estudio de las nuevas escuelas de Filosofía y Letras e iniciar de inmediato sus actividades. Supimos que don José Gaos había recomendado para hacerse cargo de la primera a su alumno Adolfo García Díaz, que ya mostraba ser una de las mentes más agudas y rigurosas de las nuevas generaciones de filósofos mexicanos, pero ¿a mí por qué? Quizá porque en aquella Facultad de Filosofía y Letras que funcionó durante tantos años en el viejo y hermoso edificio de los Mascarones, los estudiantes podíamos asistir en calidad de oyentes a las clases que más nos interesaran de especialidades distintas de la que nosotros seguíamos, y como yo entraba con alguna frecuencia a las del profesor Gaos y él quizá estaba más o menos informado de mis quehaceres literarios, pudo —con auxilio de Adolfo y de otro alumno suyo, Alejandro Rossi— recordar mi nombre a la hora de hacer sus recomendaciones.

Pues bien, la oferta de la Universidad el Zulia fue académicamente tentadora, ya que no era poca cosa que —al tiempo de concluir la maestría en la UNAM— se me ofreciese la oportunidad de diseñar un proyecto de estudios literarios que respondiese a las nuevas exigencias de la disciplina. Tampoco dejaba de ser significativo para mí el hecho de que en Venezuela acababa de ser derrocada una larga y ominosa dictadura militar y que un nuevo régimen republicano y democrático favoreciese la instauración formal de los estudios humanísticos en una región que, como la del Zulia, había contado con figuras tan eminentes como la de José María Baralt. De suerte que mi proyecto se proponía conjuntar y hacer compatibles las más novedosas teorías y méto-

dos con los inexcusables aportes de la tradición historiográfica y filológica de cuño positivista. Fue un hecho afortunado que don Agustín Millares Carlo —que fue asesor de mi tesis y jurado en el examen profesional— se enterara de mi inminente viaje a Venezuela y me dijese a bocajarro: *“Lléveme con usted a Maracaibo”*. Dicho así de pronto, no lo pude creer, pensé que era una manera recóndita de desearme éxito en mis nuevos empeños, pero él hablaba en serio y yo le prometí hacer todo de mi parte para que —lo antes posible— se incorporase a la Universidad del Zulia. Y así fue; por ser quien era, el Rector lo nombró director de la Biblioteca de la Universidad y se hizo cargo de los cursos de latín en la escuela que yo dirigía, pero hizo mucho más que eso: fundó una revista de *Recensiones* bibliográficas que, junto con el *Anuario de Filología* de la escuela a mi cargo, pronto obtuvieron colaboración y reconocimiento internacional. Mi trato con don Agustín no se limitó al ámbito puramente académico; Myrna y yo solíamos reunirnos con él para comer juntos, hacer memoria de nuestros amigos mexicanos, planear alguna actividad conjunta y, sobre todo, para disfrutar de su cálida amistad e inagotable sabiduría.

AGA: Parte muy importante de su formación juvenil fue en Italia y su tesis sobre Góngora y Ungaretti es muestra de ello: ¿qué papel concede usted a la academia italiana de la época? ¿Cómo la aprecia hoy, especialmente en el campo de los estudios latinoamericanos e hispánicos? ¿Qué recuerdos especialmente significativos conserva de aquella etapa italiana, así como de sus siguientes visitas?

JPB: Ya me he referido anteriormente a la importancia que tuvo para mi desarrollo profesional mi estancia en Italia, y más concretamente en Florencia y Urbino. En Florencia me integré al grupo de colaboradores de don Oreste Macrí en el Istituto Ispanico, entre los que se encontraban Giovanni Meo-Zilio, Roberto Paoli y Antonio

Melis; con los dos primeros compartí mi interés por la poesía de César Vallejo y me beneficié de su nueva manera de trabajar en la poesía del gran peruano con rigor analítico no exento de pasión ideológica, y así quise hacerlo yo también en los ensayos que muchos años después reuniría en un breve volumen: *César Vallejo: crítica y contracrítica* (1982). Junto con Melis preparé el primer volumen de una *Bibliografía crítica de la literatura hispanoamericana* (publicada en 1973), cuyo propósito era el de proporcionar a los estudiantes un material organizado de forma sistemática, así como una valoración de su contenido y utilidad. Al tiempo que cumplía mis tareas en el Istituto Ispanico, me adentraba en el estudio de la poesía italiana contemporánea y en la lectura de los ensayos críticos del propio Macrí, Sergio Solmi, Luciano Anceschi y Mario Luzi sobre la poesía hermética italiana y, en particular, sobre la obra de Giuseppe Ungaretti.

Habiendo completado previamente en México mis créditos del doctorado en Letras, don Oreste me sugirió que preparase una tesis para obtener el grado en Florencia; a mí no me pareció del todo pertinente ostentarme al mismo tiempo como investigador y alumno del Istituto Ispanico; consulté el asunto con un muy admirado y sabio amigo, el Prof. Emilio Peruzzi, que era a la sazón “presidente” de la Facultad de Letras de la Universidad de Urbino, y él me propuso inscribir allí mi tesis de doctorado, toda vez que podríamos contar con el apoyo del rector de esa Universidad, el notable hispanista Carlo Bo, traductor al italiano de Juan Ramón Jiménez y García Lorca. En *Ungaretti traduttore di Góngora* me propuse estudiar esas traducciones en el transcurso de su elaboración, esto es, desde una inicial interpretación de Góngora en clave hermética y simbolista, hasta las últimas versiones en que ya se introducen diversos elementos de carácter histórico, ideológico y crítico. La versión definitiva en español de esa tesis llevó por título *Ungaretti y Góngora. Ensayo de literatura comparada* (1985).

Desea usted saber mi opinión acerca de los hispanoamericanistas italianos. Llevaría mucho espacio hacer una reseña cumplida de todos ellos, puesto que son numerosos y muy notables sus aportaciones tanto a la crítica como a la historiografía literaria. Me limito a darle los nombres de algunos de ellos, a lo que tuve la ocasión de conocer y tatar. Desde luego, destaco los trabajos pioneros de crítica, traducción y difusión llevados a cabo desde su Universidad de Milán por Giuseppe Bellini, cuyo campo de estudios abarcó desde las literaturas prehispanicas hasta los poetas y novelistas de nuestro tiempo (en particular Neruda y Asturias), pasando por sus lúcidas monografías sobre la obra lírica y dramática de sor Juana Inés de la Cruz. Sorjuanista de notable relevancia fue Dario Puccini, profesor de la Universidad de Roma, cuyo libro *Sor Juana Inés de la Cruz. Studio d'una personalità del barocco messicano* (1967), modelo de exposición y exégesis, ejerció una renovadora y perdurable influencia en los estudios realizados en nuestro país.

El propio Puccini, en compañía de un destacadísimo poeta y profesor argentino de la Universidad de Paris VIII, Saúl Yurkievich, fueron los gestores de un proyecto monumental: la *Storia della Civiltà letteraria Ispano Americana* (2000), traducido por el Fondo de Cultura Económica diez años más tarde. La obra reúne estudios monográficos encomendados a diversos especialistas tanto italianos, como españoles, franceses, norteamericanos e hispanoamericanos, cada uno de los cuales tuvo a su cargo la redacción de uno o más capítulos dentro de un extenso panorama que abarca el estudio de las literaturas amerindias, las obras de carácter historiográfico relativas al descubrimiento y conquista de los territorios americanos y toda la producción propiamente literaria desde el período manierista y barroco, hasta el neoclasicismo, romanticismo, realismo y naturalismo. Yo tuve el honor de que me encomendaran la redacción de los capítulos correspondientes

a la “Poesía epica e apologetico-religiosa fra Manierismo e Barocco” y “Poesía di corte e di meditazione”, pero al igual que a todos, se me dejó en absoluta libertad para ajustarme a mis propios paradigmas críticos. Puccini y Yurkievich encontraron el modo más idóneo para superar el carácter usualmente inconexo y fragmentario de otros volúmenes colectivos del mismo género: al inicio de cada sección colocaron un estudio introductorio que tiene la virtud de enmarcar, así en lo histórico como en lo ideológico y literario, los estudios particulares integrados en cada una de ellas. En su conjunto, esta *Storia* es un compendio significativo del estado de avance alcanzado en el estudio de las literaturas hispanoamericanas al concluir el siglo xx.

No fue menos importante que la gran apertura académica que me proporcionó mi estancia en Italia, fue el hecho de que Myrna cursara en Florencia un diplomado en Historia del arte, que fue esencial para su posterior desempeño como profesora de la Escuela de Artes Plásticas de la UNAM, y que nuestro hijo Arturo descubriera su tempranísima vocación arqueológica, que lo llevaría —muchos años más tarde— a obtener el grado de Maestro en Arqueología clásica, con especialidad en Etruscología, en la Universidad de Roma.

AGA: ¿Podría mencionar algunas de las relaciones profesionales con sus colegas españoles especialmente importantes para el desarrollo de sus campos de interés investigativo?

JPB: También en España han ido surgiendo importantes contribuciones a un más amplio conocimiento de las letras hispanoamericanas, tanto en el campo de las ediciones críticas como en el de los estudios histórico-literarios. En diversos congresos internacionales tuve la oportunidad de conocer y tratar a muchos colegas españoles que han dedicado gran parte de su actividad académica al estudio de la literatura novohispana, entre ellos a José Carlos Rovira, de

la Universidad de Alicante; José Carlos González Boixo, de la de León, y Trinidad Barrera, de la de Sevilla. Los menciono especialmente porque todos ellos me permitieron incluir sendas selecciones de sus trabajos en la colección de “Estudios de cultura iberoamericana colonial”, que forma parte del programa editorial de la Coordinación de Humanidades de la UNAM, cuya creación yo mismo propuse en 2002 con el propósito de difundir en nuestro país las diversas aportaciones a ese campo de estudios debidas a los más destacados investigadores mexicanos y extranjeros. Estos son los libros de los colegas españoles mencionados: José Carlos Rovira, *Miradas al mundo virreinal. Ejemplos de la literatura hispanoamericana y recuperaciones contemporáneas*; José Carlos González Boixo, *Letras virreinales de los siglos xvi y xvii*; Trinidad Barrera, *Asedios a la literatura colonial*, cuya directa difusión en México no dudo que haya servido para afianzar la indispensable comunicación entre los investigadores que, en distintos ámbitos geográficos y culturales, comparten su interés por las letras mexicanas.

AGA: ¿Cómo ve usted los estudios sobre la cultura virreinal en México y de América Latina en general, en la actualidad? ¿Y en especial de figuras como Sor Juana Inés de la Cruz, tomando como referencia su propia época de estudiante universitario?

JPB: Como usted bien sabe, a partir de la conmemoración del tercer centenario de la muerte de Sor Juana Inés de la Cruz en 1995 se suscitó un fenómeno semejante al que los editores designan como *boom*, esto es, nos vimos envueltos en un sinnúmero de celebraciones, congresos y, por supuesto, publicaciones de todo género y sazón. Pero mucho antes de ese centenario se había hecho evidente el creciente interés por la obra de la “Décima Musa” y de su entorno novohispano; dan testimonio de esto la publicación entre 1951 y 1957 de los cuatro volúmenes de sus *Obras completas*, cuidadosamente editadas

y anotadas por Méndez Plancarte y Alberto G. Salceda, seguida en 1980 por *Sor Juana Inés ante la crítica*, en que Francisco de la Maza recogió las antiguas noticias biográficas y críticas sobre la autora, y la aparición dos años más tarde del exhaustivo estudio de Octavio Paz *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe* (1982), que tuvo un doble impacto, así en el terreno de la crítica literaria como de la controversia ideológica, y generó toda suerte de manifestaciones tanto de adhesión como de rechazo. Con todo, las importantes novedades introducidas por Octavio Paz en el campo de la exégesis de la vida y la poesía de Sor Juana no dejaban de tener antecedentes importantes en los estudios de Dorothy Schons, Ermilo Abreu Gómez, José Gaos, Emilio Carilla, Elías Rivers, Robert Ricard, Karl Vossler y, por supuesto, Reyes y Méndez Plancarte, aunque frente a la índole monográfica y puntual de aquellos trabajos precursores, la nueva obra de Paz se propuso dar una visión totalizadora, omnicomprendiva y nada convencional de ese fenómeno inusitado y extraordinario que fue Sor Juana Inés de la Cruz; y aun fue más lejos Octavio Paz en ese que él mismo denominó “ensayo de restitución”, puesto que colocó la poesía de Sor Juana —y en especial el “Primero sueño”— en el mero inicio de toda la modernidad poética.

Eran muchos los que al filo de ese centenario ya trabajábamos profesionalmente en la obra de Sor Juana (Ramón Xirau, Georgina Sabat de Rivers, Antonio Alatorre, Margo Glantz, Elías Trabulse, Margarita Peña, Dolores Bravo...); por mi parte alterné siempre el estudio de la poesía moderna con la de Góngora y los poetas del barroco novohispano. En 1975, al reincorporarme —después de mis largas estancias en Venezuela e Italia— como investigador titular en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, dediqué un volumen a los tópicos de la *Muerte y desengaño en la poesía novohispana*, y en 1986 publiqué las *Obras* de Luis de

Sandoval Zapata, ese “gran poeta con toda la boca, aunque bajo un desdén u olvido universal”, como lo calificó su benemérito descubridor el padre Méndez Plancarte; en 1993 se me encargó la fundación de un nuevo Seminario de Cultura Literaria Novohispana en el Instituto de Investigaciones Bibliográficas, cuyos integrantes continúan desarrollando una intensa labor y cuyos proyectos han sido habitualmente patrocinados por CONACYT; en 1996, se incluyó en sus publicaciones un volumen en el que reuní los ensayos sobre Sor Juana escritos a partir de 1981: *Sor Juana Inés de la Cruz: amor y conocimiento*, que lleva un prefacio de Alejandro González Acosta, a la sazón miembro de dicho Seminario, en el cual examina con detalle los resultados de mis propuestas críticas.

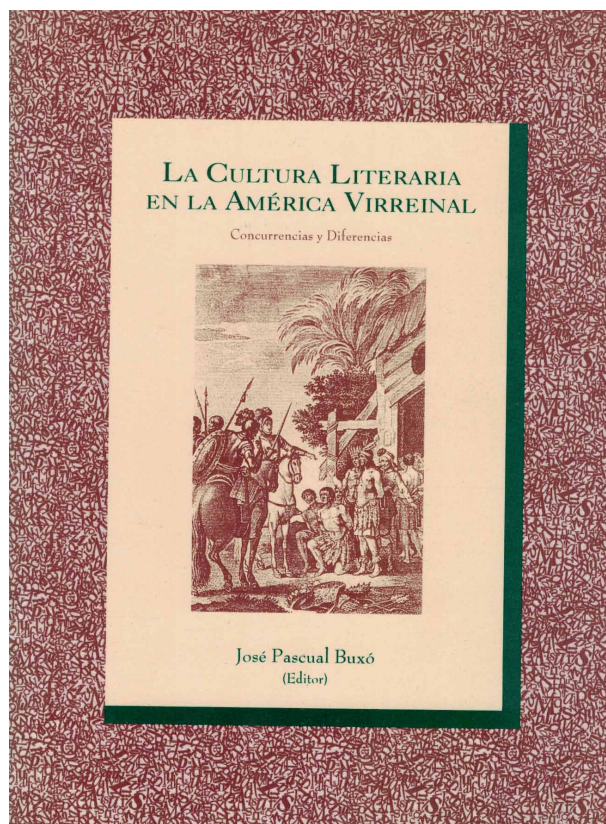


Fig. 3. Portada de *La cultura literaria en la América virreinal*.

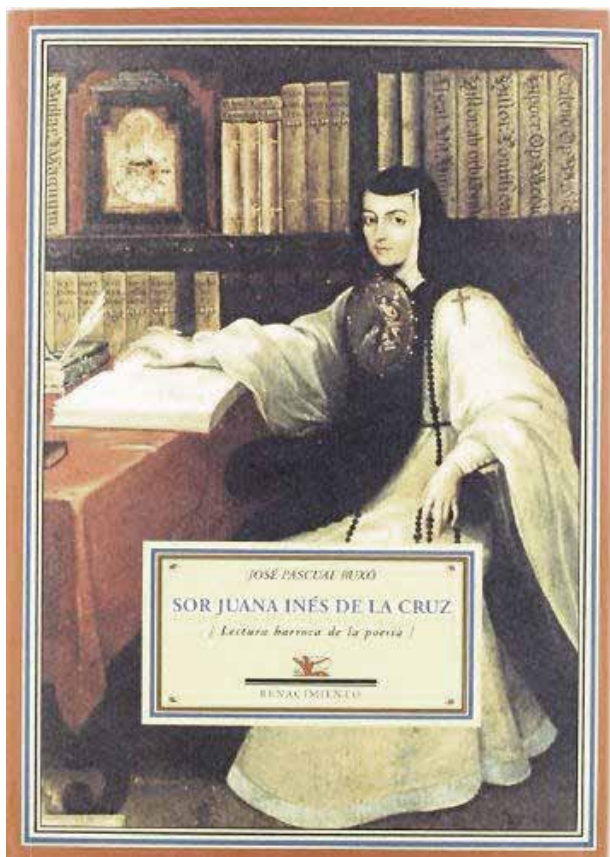


Fig. 4. Portada de *Sor Juana Inés de la Cruz. Lectura barroca de la poesía.*

El interés por la figura de Sor Juana ha continuado sin tregua a lo largo de todos estos años, no solo en México, sino en el mundo entero, y cada día confirmamos la importancia y singularidad, no solo de su obra, sino de la cultura literaria de la Nueva España en su conjunto. Tenemos noticia de un nuevo proyecto de edición crítica de sus obras, a cuya cabeza estaría el erudito profesor español Ignacio Arellano, de la Universidad de Navarra, así como de diversos grupos de trabajo encaminados al “rescate y edición de textos literarios novohispanos”, que tienen su sede en algunas universidades mexicanas (Zacatecas, San Luis Potosí...); por lo que conocemos, ya es posible advertir en ellos la persistente tendencia a incluir dentro de tales repertorios impresos y manuscritos de carácter

muy disímbolo, tales como la multitud de sermones y vidas de monjas iluminadas escritas por sus confesores, aunque no posean —en términos generales— ningún mérito estrictamente literario. Ciertamente, son contadas las obras de creación literaria impresas en el México virreinal, ya fuera por causa de la carestía del papel o de la vigilante censura eclesiástica; de Sor Juana solo alcanzaron a publicarse en México sus villancicos, el auto sacramental, el *Neptuno alegórico* y la *Carta atenagórica* debido a intereses particulares de la Iglesia o de sus protectores áulicos. Justamente por intereses eclesiásticos o cortesanos se imprimieron y han llegado a nuestros días diversos testimonios de las palestras literarias en celebración de algún santo o misterio de la fe, así como de los espectaculares arcos triunfales dedicados a la entrada de obispos y virreyes, en los que se conjuntaban de manera espectacular las artes de la poesía y la pintura, si bien —en uno y otro caso— tales publicaciones no respondían a una finalidad estética, sino eminentemente política y pragmática.

122

Ante la escasez de textos propiamente literarios en nuestros acervos bibliográficos, parecería justificable incluir en esa categoría una variedad de discursos difundidos por la imprenta, si bien por ese mismo hecho podríamos acabar prescindiendo por completo de toda consideración de sus valores artísticos particulares y, con ello, de la noción misma de “obra literaria”. Con el fin de precavernos de los peligros a que podría verse sujeta nuestra disciplina —esto es, su previsible disolución en el inconmensurable mar de la cultura escrita— nuestro Seminario ha iniciado un proyecto que lleva por título “Fundamentos teóricos y metodológicos de una historia crítica de la literatura novohispana”, en el que participan todos sus integrantes (Dalmacio Rodríguez, Dalia Hernández, Tadeo Stein y Alicia Flores Ramos) y del que quizá podamos esperar algunos buenos frutos.

AGA: ¿Qué presencia y significado tiene para usted la UNAM? ¿Cuáles son, en su opinión, sus mayores logros y retos en la actualidad?

JPB: La Universidad Nacional Autónoma de México no solo ha sido mi *alma mater*, sino el espacio privilegiado de mi vida académica y un ejemplo permanente de responsabilidad cívica y compromiso intelectual; en su misión y en sus principios, en mis compañeros y colegas, me reencuentro siempre conmigo mismo. Soy lo que ella me ha hecho ser.

AGA: ¿Qué recomendaciones podría sugerir a la nuevas generaciones de estudiantes e investigadores interesados en las materias y disciplinas a las que se ha consagrado su vida como investigador?

JPB: En estos tiempos aciagos para nuestro país, acechado por la delincuencia de todo tipo, por la voracidad prepotente de los intereses políticos y económicos, por la indefensión de los ciudadanos honestos y pacíficos, por el incierto futuro que aguarda a las jóvenes generaciones... la Universidad, las universidades, son ya el único espacio donde se resguardan los más puros valores del entendimiento y la convivencia humano. Sus logros están a la vista, en ella se cultivan con excelencia todas las disciplinas humanísticas y científicas y se forman alumnos conscientes de sus deberes para con la sociedad y para consigo mismos; el gran reto de la Universidad es también el que López Velarde asignaba a la patria: ser siempre fiel a sí misma.